

I



A las cinco y media de la tarde de un día de enero de 1875, reinaba en la sala de estar de la señora Ogilvy un ambiente muy acogedor. Se encontraba en la planta principal de la vivienda y, aunque no podía decirse que estuviera amueblada con gusto, era una estancia cálida y luminosa, muy confortable en un día tan frío como aquél. La repisa de la chimenea, sobre la que había un espejo de marco dorado, estaba engalanada con un lazo de terciopelo rojo. Las cortinas de chintz tenían un estampado de enormes rosas y claveles dispuestos en series alternativas unidas por amplios ramilletes verdes. En la tapicería del sofá se observaba un popurrí similar en rojo y en blanco, pero la señora Ogilvy ocupaba una butaca de color granate oscuro sobre una alfombra verde musgo, agradablemente suavizadas ambas por el resplandor del fuego y los reflejos de la lámpara en los numerosos cuadros con molduras de felpa o doradas y en los montones de naranjas, manzanas y uvas apilados en el aparador.

La señora Ogilvy, que tejía deprisa, con un preciso chasquido de las agujas brillantes, tenía la sala para ella sola, si no contamos a su sobrino, que jugaba a las canicas en un solitario rincón debajo de la mesa, medio escondido por el pulcro mantel blanco. Era un niño retraído,

que siempre se asustaba cuando un adulto se dirigía a él. En realidad no era sobrino de la señora Ogilvy, sino de su segundo marido, sacerdote de la Iglesia unitaria. El señor Ogilvy era poco sociable y tímido, y el pequeño Tom tenía el mismo carácter. La única queja que la señora Ogilvy podía tener de su marido era que resultaba muy difícil de complacer. Nunca parecía fijarse en qué había para comer y no apreciaba los esfuerzos de su mujer para tener una casa agradable y bonita. Ella, sin embargo, no protestaba. Se consideraba afortunada, y eso pensaba mientras tejía al calor del fuego, mirando de reojo la mesita del té con su servicio de porcelana de flores, su fuente de plata para los panecillos y un *plumcake* tostado con una generosa cobertura de azúcar glas. Pensó si el té se habría pasado o si aún estaría en condiciones para que Harriet tomase una taza cuando bajara de su habitación. No había tomado el té con la familia, porque estaba haciendo las maletas para ir a pasar una temporada a casa de unos parientes.

Muchos habrían dicho que la señora Ogilvy, a pesar de su marido y su excelente organización doméstica, era una mujer muy desdichada, y ella misma se entregaba a esta idea por momentos, pero siempre prevalecía su carácter alegre. Harriet, su única hija, era lo que los vecinos del pueblo de donde venía la señora Ogilvy llamaban «tontita», aun cuando no tuviera una inteligencia tan escasa que le impidiera relacionarse con las personas corrientes. Su deficiencia se manifestaba más bien en una brusquedad muy desagradable y agudizada por el vigor

y el entusiasmo que ponía en los aspectos de la existencia inteligibles para ella. No era fácil que diera su brazo a torcer. Lo cierto es que su presencia continuada podía llegar a resultar agotadora; de ahí que, cuando su madre se casó en segundas nupcias, se llegó al acuerdo de que Harriet pasaría temporadas de un mes con distintos familiares. El difunto señor Woodhouse había dejado a su mujer bien situada, y también Harriet contaba con su propio dinero: tres mil libras anuales, de momento, y una renta futura de otras dos mil. Por esta razón, sus parientes menos adinerados aceptaban de buen grado la molestia de acogerla temporalmente a cambio de una atractiva suma de dinero.

La señora Ogilvy no era una mujer de sentimientos exaltados, pero sí intensos en todos los sentidos, y no solo sentía por Harriet el cariño de una madre sino que a menudo perdía la paciencia con su infortunada hija cuando la terquedad y la vehemencia de ésta se topaban con la suya. No tenía ni la paciencia ni el dominio de sí, pese a la fortaleza de su carácter, necesarios para conservar la calma con Harriet, y, aunque los altercados eran frecuentes, se atenuaban cuando se acercaba el momento de una de estas ausencias temporales: de ahí que mirase a su hija con sincero afecto cuando por fin ésta bajó a tomar una taza de té antes de coger un coche rumbo a Norwood.

—He dejado el té en la tetera, hija, pero Hannah te traerá otro si se ha pasado.

Harriet se acercó a la mesa dando saltitos y destapó la tetera.

—Está hecho, mamá —contestó. A veces confundía algunas palabras, aunque generalmente se hacía entender. A sus treinta y dos años, tenía la piel cetrina y unas arrugas muy marcadas entre la nariz y las comisuras de los labios. La barbilla empezaba a retraerse y los ojos tenían el color negro y glutinoso de la melaza. Al margen de su expresión y de que no pronunciaba del todo bien las palabras, su aspecto era pulcro y adinerado. El pelo castaño, rizado y poco abundante, con flequillo sobre la frente, se recogía a la altura de la nuca en un moño muy complicado del que escapaban algunos mechones. Llevaba unos pendientes de color granate y un broche en forma de escudo prendido en el pecho del vestido de una preciosa seda azul. Era la primera vez que se lo ponía, y su madre la examinó con aprobación.

—La señorita Marble cose muy bien —señaló la señora Ogilvy—. A esa seda hay que hacerle justicia y en mi opinión lo ha conseguido.

Harriet se miró el vestido con agrado mientras tomaba el té y un trozo de bizcocho, pero de repente cambió este gesto por una malhumorada mueca de preocupación.

—¡Mis botas! —exclamó, buscando con la mirada.

—¡Válgame Dios! Se me había olvidado —dijo su madre, levantándose en toda su amplitud entre un rumor de telas para coger un paquete que había debajo del aparador—. Aquí las tienes. Las recogió Tom cuando volvía del dentista, ¿verdad, Tom?

Tom, que seguía jugando en solitario, escondido debajo del mantel, asomó la cabeza y asintió tímidamente.

Harriet cogió el paquete con bursquedad y rompió el envoltorio: dentro había un par de botas muy elegantes, de punta fina, con botones y suelas nuevas de cuero reluciente. Con ellas en la mano, se tranquilizó y sonrió de oreja a oreja.

—Un trabajo excelente, diría yo —sentenció la señora Ogilvy—. Las pondré al lado del fuego para que se calienten mientras tomas el té.

Cogió las botas y las examinó con satisfacción. Uno de los principales puntos de entendimiento entre madre e hija era lo mucho que ésta disfrutaba con la comida y la ropa en todas sus variantes. En lo tocante a estas cuestiones, la inteligencia de Harriet era completamente normal, y el placer con que la señora Ogilvy fomentaba y compartía su entusiasmo era en verdad intenso, pues en otros asuntos las limitaciones eran muy grandes. Volvió a su butaca y observó a Harriet, que seguía disfrutando del té. A sus ojos, nublados por el cariño y la costumbre, los rasgos de su hija, que llamaban la atención de los desconocidos, eran una pequeña imperfección más enternecedora que otra cosa. La doncella, que estaba bajando el equipaje de Harriet, apareció en la puerta.

—Ve a buscar un coche para la señorita Hatty, Hannah —dijo la señora Ogilvy, y subió a comprobar que su hija no se hubiera olvidado de nada.

Harriet siguió tomando su té y su bizcocho muy contenta. Tom salió cautamente de su escondite y la observó sin que ella se diera cuenta. Se estaba sirviendo un bollo con pasas, y hubo algo en la forma brillante y redonda de

este bocado que despertó su curiosidad. Se lo ofreció al niño y soltó una carcajada. Lo que ocurre alrededor y por encima de la cabeza de los niños, éstos lo perciben como una asombrosa sucesión de viñetas, y el recuerdo más nítido que Tom conservó de su prima en su vida posterior fue esta imagen: con un bollo en la mano y riéndose a carcajadas sin que viniese a cuento.

—Oye, papá —dijo la señora Ogilvy en el vestíbulo, cuando su marido salió del estudio—. ¿Le dirás al coche adónde tiene que ir? Ya sabes que no me gusta que crean que Hatty no tiene quién la proteja.

El señor Ogilvy asintió con escaso entusiasmo. Abrió la puerta principal y vio que el coche ya se acercaba y se paraba delante de la entrada, mientras la señora Ogilvy se despedía de su hija como de costumbre, repasando con ella las instrucciones que debía dar a su llegada, para su propia comodidad, y concluyendo someramente su exposición con el encargo de que diera recuerdos a su prima, la señora Hoppner. Los farolillos del coche desprendían un resplandor brumoso en la húmeda oscuridad, y Harriet, ataviada con una capa con ribetes de piel y un elegante sombrero de paja, subió al coche mientras cargaban el equipaje en el techo. El señor Ogilvy indicó al cochero que la llevase a Norwood, y la señora Ogilvy esperó en la entrada del vestíbulo hasta que el vehículo se perdió de vista.